

A ochenta años de la muerte de Álvaro Obregón

Los mochos

Ignacio Solares

La ficción y la realidad histórica se entrecruzan en este relato donde Álvaro Obregón, la víspera del atentado que acabaría con su vida, sueña con gobernar el país hasta su muerte. El relato se erige como una metáfora, de una actualidad ineludible, acerca de las tentaciones políticas que ofrece la fascinación por el poder.

Para José Emilio Pacheco, autor de la segunda parte de esta historia.

Aquel 17 de julio de 1928, el general Álvaro Obregón despertó al amanecer, como siempre, con el canto de un gallo que parecía terminar de ahuyentar las tinieblas. Dormir poco —y con pesadillas constantes— era una mala costumbre adquirida desde adolescente en su casa de Huatabampo. Tomó su reloj de la mesita de noche. Ese reloj sería un portento de relojería suiza pero sus agujas eran tan finas que apenas si se veían. Se lo colocó en el muñón y le dio cuerda. En una ocasión le preguntaron por qué no lo usaba en el brazo bueno, el izquierdo, y contestó: “¿Y quién le va a dar cuerda, su chingada madre?”. Un débil rayo de sol que se colaba por entre las cortinas, lleno de polvillo en ascenso, destacó el perfil de los muebles.

Se levantó y se puso las pantuflas, sin la agilidad de antaño. Sentía una rara y dolorosa pesadez, desobediencia de músculos, con hincadas en la espalda, que no aliviaban masajes ni medicamentos, ni siquiera los cocimientos de hierbas preparados por su masajista, la Lorenza, quien como buena hija de santero, mucho sabía de plantas y raíces, más eficientes la mayoría de las veces, que los medicamentos de alta farmacia, anunciados en la prensa con hermosas alegorías y dibujos de convalecencia y salud recobrada. Jaló el cordón de la cortina de brocado con el sonido

chasqueante de un telón que se levanta, que se abre a un paisaje insospechado donde todo era posible. Siempre admiró ese primer sol, que parecía a punto de dar un salto sobre la sombra inmensa. Entonces abrió la ventana y respiró profundamente. Del jardín subía un olor herboso, muy penetrante.

Al ir rumbo al baño, flexionó un poco las piernas para darles agilidad. La verdad es que su malestar era de orden psicológico, y él lo sabía. ¿Para qué engañarse? Porque se acrecentó, de manera notoria, a partir de los últimos quince días, después del atentado que había sufrido al ir rumbo a la Plaza de Tóros: le colocaron una pinche bomba abajo del auto, que lo hirió levemente en la cabeza y en una pierna. Apenas un par de rasguños. Ni siquiera guardó el reposo que su médico le indicaba. Su respuesta a la prensa, que lo abordó enseguida, mostraba que, como siempre había dicho, la única forma de esquivar a la muerte —que es femenina, aseguraba— era despreciarla, mostrarle el puño y pasar por encima de ella. Declaró:

Nada de meterme a la cama, señores. En unas horas todo México se enterará de lo que ha pasado. Si lo hago, mis enemigos políticos se encargarán de esparcir el rumor de que estoy gravemente herido. Ahora más que nunca iré a los

toros, tal como lo tenía planeado. Es el mejor escaparate para que todo el mundo sepa que estoy bien y que mis enemigos se enteren de que han fracasado una vez más. Que Álvaro Obregón llegará a la Presidencia de la República pese a quien le pese, porque así lo quiere y lo ha manifestado en las urnas la mayoría de los mexicanos... Además de que torea Fermín Espinosa "Armillita", mi torero predilecto.

Vaya noticia. Pero seguramente el puro susto le derramó la bilis y le provocó una fuerte contracción muscular, porque ya en los toros —y vaya faenón que hizo en el quinto toro "Armillita"—, carajo, sentía como que le bajaban culebritas por la espalda, de la primera a la última vértebra. No a cualquiera le explota una bomba bajo las patas y permanece impertérrito, por más que en la sesión espiritista a la que lo llevó Calles le hubieran asegurado que no le iba a suceder nada. Tranquilo, general, tranquilo. Tranquila su chingada madre, ustedes, fantasmas o seres vivos, no saben lo que es sentirse siempre al filito de la navaja, entre la vida o la muerte. En especial porque sólo habían pasado quince días de aquel maldito atentado. Con razón sentía como agarrotado todo el cuerpo. Es de humanos tener miedo, cagarse de miedo, aunque se aparente lo contrario. Dada su condición de caudillo —electo Presidente de la República por el pueblo de México— tenía que demostrar al país que huevos no le faltaban. "La muerte es femenina y hay que mostrarle el puño para pasar sobre de ella", qué idea más chingona, aunque del todo falsa.

Sonrió mientras empezaba a rasurarse y arriscarse los bigotes.

Algo parecido le sucedió cuando perdió el brazo derecho, en la batalla de Celaya, en el año de 1915, por una granada que explotó a su lado. Le provocó tal desesperación verse sin su brazo derecho, que con la mano que le quedaba libre intentó suicidarse con su propia pistola. Por suerte, el teniente coronel Jesús Garza, que estaba junto, se lo impidió. Lo que es la vida: fue Jesús Garza quien hace apenas un par de años se había suicidado. Qué extrañas son las reacciones de los humanos hacia la muerte, hacia la fascinación de la muerte, habría que decir. Como en su poema aquel, que tanto le elogiaron los intelectuales a Obregón, ¿cómo lo tituló?

Cuando el alma del cuerpo se desprende,
y en el espacio asciende,
las bóvedas celestes escalando,
las almas de otros mundos interroga,
y con ellas dialoga,
para volver al cuerpo sollozando.
Sí, sollozando al ver de la materia

la asquerosa miseria,
con que la humanidad, en su quebranto,
arrastra tanta vanidad sin fruto,
olvidando el tributo,
que tiene que rendir al camposanto.
Allí todo es igual: ya en el calvario,
es igual el osario;
y aunque distintos sus linajes sean,
de hombres, mujeres, viejos y criaturas
en las noches oscuras,
los fuegos fatuos se pasean.

El caso es que cuando un periodista le preguntó cómo había recuperado el brazo perdido, contestó sonriendo: "Muy fácil. Eché una moneda de oro al aire y mi brazo cercenado salió volando a cogerla". Respuesta que, en buena medida, le inspiró su amigo, el escritor español Ramón María del Valle-Inclán, quien manejaba varias versiones sobre cómo había perdido su brazo izquierdo. Que si él mismo se lo mutiló para distraer a un león que lo perseguía; que si se lo cortaron porque no había carne para el puchero —¡jale aquí y corte sin piedad!, le ordenó a su mayordomo—; que si lo perdió tratando de forzar la recámara de una mujer esquiva; que si se lo arrancó el bandido mexicano Quírico durante un duelo en un campo desolado. Pero Valle-Inclán, en un momento de intimidad después de unos coñacs, le confesó: perdí el brazo en una riña en el Café de la Montaña, en Madrid, entre la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo, durante una reyerta trivial con un grupo de gandules, en la que, por un golpe casual, se me





Obregón con sus hijos Humberto y Refugio

incrustó la mancuernilla en el antebrazo, gangrenándolo y necesitando amputarse en consecuencia.

Buen humor el de don Ramón. En una foto que siempre conservó Obregón estaban los dos en la Plaza de Toros de la Condesa, aplaudiendo juntos, cada uno con la mano que le quedaba, ya que Valle-Inclán era manco del brazo izquierdo y Obregón del derecho.

Puso agua de colonia francesa —con una ligera fragancia a maizales— en las mejillas, a las que palmeó suavemente. Recordó que Pancho Villa le decía “El perfumado”. Cabrón.

Por supuesto, no creía que la muerte fuera femenina y hubiera que mostrarle el puño y pasar sobre de ella. Pura retórica, indispensable en el juego político. Sobre la muerte podía hacer bromas y enfrentarla con valentía, a las mujeres de ninguna manera. Quizá por eso le afectó tanto la muerte de su madre y hasta tuvo una premonición de lo más dolorosa. A los quince años trabajaba en una hacienda de su hermano Alejandro, situada como a treinta leguas de Huatabampo, donde vivían. Una noche de lluvia, despertó sobresaltado, llorando y con una angustia que no le dejaba las manos quietas. Su hermano le preguntó qué le sucedía y él le contó que acababa de soñar... que su madrecita se moría... Veía claro cómo se le alejaba el aire del cuerpo y se volvía un puro montoncito de huesos... Su hermano le echó la culpa a la cantidad de frijoles que habían cenado y muy tranquilo se volvió a dormir. La presencia de la lluvia se fue volviendo como el rumor de una catarata lejana. Pero él ya no pudo pegar los ojos, y

casi diría que ni siquiera se sorprendió —el verdadero miedo ya lo había sufrido antes— cuando al amanecer escucharon el galope de un caballo que se acercaba a la casa de la hacienda. En efecto, era un enviado que iba a informarles que su madre había muerto de un ataque al corazón esa misma noche en la casa de Huatabampo. Esa experiencia marcó su relación con las mujeres —a pesar de haberse casado dos veces— porque siempre las mantenía a distancia, con respeto pero a distancia, sus reacciones efusivas le provocaban alergia y quizá por ello no había tenido amantes, por más que oportunidades no le hubieran faltado. A su segunda esposa, María Tapia, siempre la había tenido alejada de la atención pública. ¿Influiría que su padre murió a los pocos meses de haber nacido él, y que lo educaron su madre y sus hermanas mayores: Cenobia, María y Rosa? Cuántas lágrimas femeninas vio desde niño derramarse a su alrededor. Qué chinga nos han parado las mujeres, porque la verdad es que desde el inicio de los tiempos, uno de los papeles más importantes que han jugado, ha sido el de lloronas. Es bueno llorar y lamentarse en los funerales, así como es bueno regocijarse con un nacimiento, pero ellas exageraban. No lo soportaba. Había que verlas nomás. Se quebraban sus voces añosas, hacían sus corrillos a la menor provocación, un ovillo interminable de susurros y chismorreos, ssshhittt, más quedito, no nos vayan a oír los hombres, ese rumor de ellas, adornado con una tibieza conmovedora, enternecedora, patética. Como si esas voces ancestrales, atávicas, resucitaran siempre ante el nacimiento o la muerte de un nuevo ser llegado al mundo. Una liturgia en la que ningún hombre podía participar, y menos un militar bragado como él.

Desde niño aprendió a luchar contra los elementos naturales. Las heladas, el chahuistle, la lluvia, los huracanes, el sol del desierto; carajo, podía asumir los asesinatos de Carranza y Villa, la matanza de Huitzilac, la guerra cristera, el exterminio de los yaquis, pero de las viejas era mejor mantenerse a distancia, bien lo sabía. El deber cumplido y el ejercicio del poder le resultaban un afrodisíaco suficiente. Cuando la Lorenza le propuso leerle la suerte en el poso del café —ahora que, parecía, tantos seres oscuros atentaban contra su vida— Obregón abrió unos ojos enormes y le respondió que de ninguna manera, porque él sabía muy bien lo que sucedería en su futuro, gracias a sus visiones —o entrevisiones, no había que sonar pretencioso—, tenía clara conciencia de los obstáculos y las circunstancias que se abrían y abrirían ante él en los años siguientes. De quién cuidarse y de quién no.

—Mira, Lorenza, hasta sé cuántos años voy a vivir. ¿Cómo la ves?

—¿Cuántos, mi general?

—Ochenta y ocho, ni uno más ni uno menos.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé y punto.

—O sea: usted va a estar aquí entre nosotros hasta que cumpla los ochenta y ocho. Y apenas tiene cuarenta y ocho.

—Así es.

—O sea también, mi general: usted sabe que por más que atenten contra su vida no le va a pasar nada, le van a hacer los mandados.

—Tal cual, Lorencita. Y mira que no les ha faltado oportunidad a mis enemigos para acabar conmigo. ¿Crees que no supe el peligro que corría metiéndome en la guarida de Pancho Villa, así, desarmado, dizque para demostrarle mi buena voluntad, despertar su confianza y negociar con él? Si alguien conocía bien a Villa era yo, ah pero qué voluptuosidad enfrentarlo aparentemente sin una gota de duda... Todo iba bien, pero me pescó en una triquiñuela, y eso Villa no lo perdonaba. Enseguida mandó formar el pelotón de fusilamiento. Entonces le pedí que, como última voluntad, le entregara a mi hijo una carta que acababa de escribirle. Villa la leyó y se soltó llorando, llorando a moco tendido, y ya no fue capaz de matarme. Siempre guardo conmigo esa carta. Escúchala. Hay una parte en que dice: "Queridísimo hijo: cuando recibas esta carta habré marchado con mi batallón para la frontera norte, a la voz de la patria, que en estos momentos siente desgarrada sus entrañas, y no puede haber un solo mexicano de bien que no acuda. Moriremos, pero moriremos bendecidos por la Revolución. Yo lamento que tu cortísima edad no te permita acompañarme. Yo también fui huérfano de padre a muy temprana edad y sé lo que eso significa. Pero, a pesar de ello, te digo que si me cabe la suerte y la gloria de morir en esta causa, que la Revolución bendiga también tu orfandad y con orgullo y la cabeza en alto podrás llamarte hijo de un patriota, porque la patria es primero, antes que cualquier otra cosa y por eso no puede haber mayor alegría que dar la vida por ella...". ¿Podría yo suponer que esa carta a mi hijo me salvaría la vida? ¿Con un hombre tan impredecible como Villa? Por supuesto que no. Mi buena suerte me salva la vida siempre en el último momento.

—Ay, general, qué privilegio trabajar para usted.

No aceptó que la Lorencita le leyera la suerte en el poso del café, pero aceptó ir a una sesión espiritista —una sola— a la que lo invitó Calles.

—Tú que tienes tantas visiones y premoniciones, Álvaro, tienes que acompañarme. Tú me has dado muy buenos consejos, déjame que yo te dé uno: ven conmigo a esa sesión espiritista y verás cuántas cosas se te van a aclarar, Álvaro.

Y vaya que si le aclararon cosas. Cupieron cómodamente alrededor de la mesa de un comedor, con una carpetita de paño adaptada para el caso. La médium

dijo que se inspiraba mejor con un poco de luz sobre ella y dejó una pequeña linterna en el centro de la mesa, la que, una vez hecha la cadena, le daba un aspecto perfectamente monstruoso.

Obregón sentía crisparse la mano de Calles en la suya. Del otro lado, la mano de una mujer desconocida le producía la clara impresión de un pescado recién salido del agua.

La médium repitió varias veces el nombre de Porfirio Díaz:

—Porfirio, nos acompaña en esta sesión el general Álvaro Obregón y necesitamos tu presencia para que lo aconsejes. Sabemos que andas por aquí desde la sesión anterior en que te convocamos y nos acompañaste. Pero hoy son de vital importancia para el futuro de México tus palabras.

Un hombre, ubicado en el otro extremo de la mesa, interrumpió sin miramientos.

—Suéltame la mano un momento —dijo—. Necesito sonarme la nariz.

Soltó una especie de bramido en el pañuelo, que alteró el aire estancado de la mesa, desconcertándolos a todos. Sólo la médium permanecía inmóvil, con el rostro alargado y como de cera, en escorzo, dentro del chorro de luz muy blanca.

—¿Vas a venir o no, Porfirio?

De pronto, la médium empezó a respirar pesadamente hasta alcanzar un ronco estertor, imitando a la perfección a una mujer en plena agonía.

—Creo que ya cayó —dijo un tipo un par de lugares después de Obregón.

Lo anunció un instante antes de que la voz de la médium cambiara de tono, volviéndose notoriamente



© Centro de Estudios de Historia de México, CONAMEX



masculina y muy ronca. La médium tenía la cabeza tan echada hacia atrás en el respaldo de la silla que parecía desprendida del cuerpo.

—Aquí estoy.

—¿Es él, Porfirio! —gritó una mujer algunos lugares más adelante de Obregón, con un chillido tan hiriente que la mano de su compañera se revolvió en la suya como un ciempiés.

Era una voz seca e impostada, como de un muñeco de ventrilocuo, pero de una marcada virilidad.

—Aquí hace mucho frío —dijo, de entrada.

Ellos, por el contrario, padecían un calor espantoso porque la médium había cerrado todas las ventanas antes de empezar la sesión.

—Porfirio —dijo la médium— dale algún consejo a Álvaro, de ser posible dile lo que le va a suceder en el futuro inmediato.

La voz, siempre ronca, muy alta, se adelgazó por la emoción hasta casi volverse inaudible, muy pausada.

—Qué bueno que puedo compartir contigo esta experiencia, Álvaro. Te conozco muy bien, sé de ti por una infinidad de referencias que me dan aquí, en este otro mundo, y te aseguro que estás señalado por el dedo del destino para salvar a nuestra amada patria. Volver a adormecer el tigre que despertó Panchito Madero. Sólo necesitas redoblar tu paciencia y tu valor, lo que no será

fácil, te lo puedo adelantar, porque aún recibirás un par de pruebas muy dolorosas.

—¿Cuáles, cuáles? —quiso saber alguien.

—Especialmente un atentado en el próximo mes de julio, que Álvaro deberá enfrentar tranquilamente porque saldrá indemne de él, se lo puedo asegurar. Hay cosas de allá que desde aquí se ven con toda claridad.

—¿Y Dios? —preguntó alguien.

—Dios debe de estar lejísimos porque todavía no hemos recibido noticias de Él, aunque hay algunos compañeros que aseguran estar a punto de acceder a planos más elevados del espíritu y entonces recibir noticias más frescas de su ubicación. Por eso, aquí donde estamos casi no hablamos de Dios. ¿Para qué si nos tiene medio olvidados, por decir lo menos?

—Por último, Porfirio, infórmalos, cómo se ve desde allá, desde el más allá, nuestro país en estos momentos? —preguntó alguien.

Hubo un silencio de plomo. La médium tenía la cara ligeramente de lado, con un perfil afilado y la luz de la linterna espejeándole en los lentes. La voz de Porfirio contestó, muy ronca, con otra pregunta:

—¿Qué es México para los mexicanos sino un enigma, un vago fantasma, un monstruo sin nombre? Pues aquí, en el otro mundo, la imagen se magnifica. Aún mayor desprecio nos producen los egoístas que son incapaces de renunciar a sus privilegios, conseguidos con la sangre de los más pobres, o los pusilánimes que no se atreven a reclamar ninguno de sus derechos. Por eso en la reunión privada que tuve con Panchito Madero le dije: “Hagamos una especie de representación teatral, yo soy el malo y tú eres el bueno. Pero aguas con nuestros enemigos mutuos porque te van a sacar las uñas. Duro con ellos”. Pero Panchito no hizo caso de mis consejos por su ingenuidad y su bondad irredenta y echó a rodar nuestro proyecto y al país mismo. Por eso, mi único consejo al compañero Álvaro es: mano firme, puño de hierro y detecta muy bien a tus enemigos. Si todo sale bien, aquí nos vemos... ¿te gusta, Álvaro? Dentro de unos cincuenta años... por lo menos...

—Gracias, Porfirio —la médium sacudió la cabeza como si la sacara del agua y soltó un gemido preocupante. Cambió de voz como dicen los psiquiatras que les sucede a los enfermos que padecen de una doble personalidad. Pero enseguida le vino un desvanecimiento: la cabeza le rodó por un brazo y fue a golpearse con el filo de la mesa (tuvo que dolerle en serio). Todos se pusieron de pie y fueron a auxiliarla. Calles mantenía un gesto duro, aún más cuadrada la quijada, y en voz baja le dijo a Obregón:

—¿Ves cómo no tienes de qué preocuparte en relación con nuestros enemigos, Álvaro?

Abrió las llaves de la bañera, templando el agua, a la que agregó algunas hojas medicinales para recomponer

el cuerpo y ayudar, según le explicó la Lorenza, a la expectoración después de un día de fatigas, con poco sueño y abundantes pesadillas. Se friccionó la espalda con un cepillo de cerdas naturales y suavísimas. La limpieza, el cuidado del cuerpo habían sido para él la única religión que practicaba a conciencia.

En fin, cabía pensar que después del atentado de quince días antes —y, sobre todo, con el fusilamiento de los implicados— no habría otro y podía prepararse más tranquilo para volver a gobernar México. Siempre les había tenido resquemor a los mochos —él, que tenía un brazo mocho— y precisamente por eso convenció al presidente Calles de que mandara fusilar al tal Padre Pro, una especie de santo, según se decía, para darles un buen susto a los ensotanados y que dejaran de conspirar contra el gobierno de una buena vez. Calles como que primero se resistía, pero gracias a la notoria autoridad que tenía Obregón sobre él, finalmente accedió. A últimas fechas sentía a Calles un tanto más cuanto esquivo, distraído, más atento a lo bizarro, a minucias fragmentadas e inservibles, que a aquello que era central. ¿Sería porque estaba a punto de perder el poder? No era fácil hacerse a la idea de perder el poder, que se lo dijeran a él, a Álvaro Obregón, quien no resistió —imposible resistirse— al llamado que le hizo el pueblo de México para que volviera a gobernarlo. Ninguna otra emoción podía compararse a la del deber cumplido, a la de conducir con rienda corta, con mano férrea —como se le aconsejó en la sesión espiritista—, a todo un pueblo, a su pueblo, que por algo lo había empezado a llamar “padrecito”. “Padrecito” de México. Qué atractiva responsabilidad. Aunque —había que reconocerlo— toda pasión profunda exige cierto grado de crueldad, y él no se iba a andar con miramientos con sus enemigos, ya lo había demostrado. ¿Creían que no sabía él, desde mucho tiempo atrás, que su mejor amigo, Pancho Serrano, lo iba a traicionar? Por eso, por el rencor que le guardaba, la última broma que le hizo fue demasiado amarga, porque se la hizo ya muerto. Hay que tener cuidado con las bromas que les hacemos a los muertos, porque tienen más posibilidades de venganza que nosotros, que aún estamos vivos. Serrano murió en Huitzilac el día de su santo, y cuando Obregón fue personalmente a la morgue a reconocer su cadáver —quería verle el rostro por última vez— le levantó la

ca bezatomándolo por el cabello y le dijo, riéndose: “¡Tu cueлга, Pancho!”. Recorrió las piernas bien enjabonadas con el cepillo de cerdas naturales, suavísimas. Pero sus ojos muertos lo miraron fijamente —hay que ver la forma tan fija en que nos miran los ojos de los muertos que hemos amado— y supo que esos ojos de Pancho Serrano ya muerto no se saldrían más de él, como tantos otros ojos de muertos que había visto a lo largo de su vida. Por algo su mayor cualidad era la memoria: se sabía capaz de recordar el orden completo de una baraja dispuesta al azar con sólo ver las cartas una sola vez. Pudo memorizar la *Suave Patria* de López Velarde y recitarse la completa a Vasconcelos apenas acababa de leerla. Tanto como reconocer, de un solo vistazo, cuanto rostro se hubiera cruzado frente a él y hasta recordar los gestos y señas que delataran las ambiciones y deseos más secretos. Por eso, porque adivinaba las más oscuras intenciones de la gente, superó a todos en todo, y era un general invicto en el terreno que fuera. A Calles le arrebató el dominio sobre el Congreso. Serrano y Gómez que quisieron competir con él por la Presidencia, murieron asesinados. A Eugenio Martínez, jefe militar del Valle de México y a liado secreto de Serrano, que intentó el último cuartelazo, lo destituyó y lo envió al destierro. A Morones le neutralizó la mayoría de sus sindicatos afiliados a la CROM.

El general Obregón no podía andarse con miramientos, bien le aconsejó don Porfirio desde el más allá.

Benjamín Hill murió envenenado. Fusiló a Murguía, quien tanto contribuyó a su victoria sobre Pancho Villa. El cadáver de Lucio Blanco apareció flotando en las aguas del Bravo.

¿Podía haber sido de otra forma?

Salió de la tina y después de secarse se puso un talco muy fino, llamado Venecia, especial para evitar la sudoración a lo largo del día.

Carajo, de lo que estuvieron a punto de privar los pinches mochos a este pobre país. Porque siendo presidente electo en este momento —sus partidarios violaron sin remedio “un poquito” la Constitución a fin de que pudiera reelegirse—, con cuarenta y ocho años de edad, en 1940 tendría apenas... sesenta años. En 1950, setenta años... En 1960, ochenta años... En 1968, ochenta y ocho años... ¿Cómo sería México en

Benjamín Hill murió envenenado. Fusiló a Murguía, quien tanto contribuyó a su victoria sobre Pancho Villa. El cadáver de Lucio Blanco apareció flotando en las aguas del Bravo. ¿Podía haber sido de otra forma?